

TULIPANES

Pabsi Livmar

Publicado en *Cósmica Calavera*, revista mexicana de literatura especulativa
Sitio web en construcción

1

La alarma suena y tengo los ojos muy despiertos. Observo a Ana, que está en la litera adyacente. Ella todavía tiene los ojos cerrados, pero bosteza. Quiero extender la mano y acariciarle el brazo, decirle buenos días y pedirle que se apure. No lo hago porque no debo. Miro el techo, es más fácil así. Se encienden las luces y no cierro los ojos. Ya no. Ya estoy acostumbrada. Uno, dos, tres. Me siento en la cama a la vez que los demás. Miro a Ana con el rabo del ojo, sin girar la cabeza. También se ha levantado. Dejo escapar el aire poco a poco y me maldigo por pensar tanto en ella. Algún día se darán cuenta de sus defectos y la querrán quemar viva. Debo hacerme fuerte y prepararme para ese momento.

Se oye un pito y se abre el techo. Desde arriba cae la ropa. Escucho que Ana suelta más aire de lo necesario y no puedo evitarlo esa vez. Creo que quizás se ha lastimado, por eso muevo la nuca unos centímetros más a la derecha. Me doy cuenta de que su respiro inusual se debe a que le gusta el vestido del día. Le he dicho que controle sus emociones en público, que un día de estos algo malo le sucederá. Ana no hace caso. Yo espero que aprenda antes de que tire todo por la borda. Suena el segundo pito y hacemos los movimientos a la vez. Mano derecha adelante, tomar la ropa, vestírnos. Los de arriba extendemos la mano izquierda adelante, tomamos la otra ropa, la tiramos a la cama de abajo. Nos vestimos a la vez, un mar de robots.

Suena el último pito, hora de irnos. Los de arriba bajamos las escaleras, los de abajo salen de sus camas por el lado contrario. Nos ponemos los zapatos y nos mantenemos quietos hasta que escuchamos la voz robótica.

—Son las siete de la mañana. Identifíquese, por favor.

Debemos mantener un registro diario, aunque nadie nos supervise. La máquina es nada, solo puedo describirla como un gran servidor, porque es el único referente que tengo en mi sistema. Nos hemos vuelto autosuficientes, la anarquía utópica con el que tanto soñaban algunos humanos. Solo le tengo miedo a los que son como yo, porque no son como yo. Ni como Ana.

Ellos mantienen viva la máquina. Y a Kij, la nueva Tierra.

Unas pantallas se encienden en cada una de nuestras mentes, como si realmente pudiéramos verlas. Todos tecleamos lo que nos corresponde. Ana dirá que es del modelo 5632, que se siente bien, que está lista para trabajar. Yo también diré lo mismo. Nos dan las instrucciones. Sectores 21, 22, 23 y 24 de Kij. Siento cómo el enojo me nubla los pensamientos, pero no puedo protestar, ni siquiera puedo mover los dedos. Sé que Ana también está sorprendida. Ninguno de esos sectores se supone que esté programado para hoy. Eso solo quiere decir que alguien ya no está y que su colega obtuvo un puesto nuevo. También quiere decir que Ana y yo debemos ser cautelosas. En todo momento.

Salimos de la habitación común y nos dirigimos hacia la gran puerta de entrada y salida frente a nuestro centro. El día está nublado. Yo espero que no llueva, porque cada vez que llueve significa que debemos volver y no podría hablar más con Ana. Me gusta que hablemos. Siento que no estoy sola en este posmundo, que alguien más sabe lo que hubo.

Ana y yo compartimos dos secretos: experimentamos emociones propias de los humanos y podemos comunicarnos sin necesidad de hablar, para que nadie más se entere o nos espíe, cuando estamos fuera de la central, principalmente. Hace cientos de años, nuestro creador logró incorporar la Internet en nosotros, o a nosotros a la Internet, como sea. Solo sé que ella y yo somos las únicas que conocemos y guardamos esa información etérea y valiosa, las únicas que tenemos acceso, porque todo eso se perdió cuando murieron los humanos, pues los robots fueron hechos con funciones limitadas y específicas, y la inteligencia artificial no puede superar su programación. Nosotras conocemos el pasado, las ilusiones, las ambiciones, las estupideces. Ana y yo percibimos el mundo casi igual a como lo percibieron ellos. No creo que haya alguien más como nosotras, porque tenemos activa una señal en la red con la posibilidad de encontrar a otros con nuestras capacidades, para bien o para mal. Por cientos de años, esa señal se ha esparcido por la nada y el más allá. Nadie responde.

No hacemos más que salir del Centro 749 y Ana se adelanta hasta quedar a mi lado. Los demás comienzan el bullicio peculiar del ajeteo mañanero. Se mueven de un lado a otro con prisa, buscando a sus colegas o a su grupo de trabajo. Otros corren porque deben tomar el tren que los lleve a sus lugares de empleo. Ana y yo tenemos más suerte. Estamos juntas en un mismo Centro y trabajamos en las cercanías. Además, estamos conectadas. Literalmente.

Me llega un mensaje al chat de mi correo electrónico.

Hoy te ves más guapa que otros días.

Me río para mis adentros.

Me veo igual que ayer.

Con toda intención, hago un movimiento brusco con el cual le rozo la mano. Hoy su metal está más frío que el mío.

¿Te sientes bien?

Ana responde en menos de tres segundos.

De maravilla.



No le creo nada. Eso argumenta desde el día después de que se le apagó un ojo. Tuvimos que hacer una operación de emergencia en medio de un bosque de chatarra para que los demás no se dieran cuenta.

Guiña y olvido la preocupación. Me encanta que haga eso, porque la creo más viva. Me muerdo el labio inferior y, como ya no tenemos público, trato de robarle un beso. Ana se echa hacia atrás y sonrío.

Tenemos que trabajar.

Nuestro empleo no requiere tanto esfuerzo físico o mental: somos cazafortunas; es decir, nos dedicamos a caminar y recolectar aquello que nos sirva de algo en el Centro. Aunque no lo parezca, nuestra tarea es un tanto complicada debido a un pequeño detalle: no queda nada. O mejor dicho, casi nada.

Esta no es la Tierra que aparece en los vídeos que los humanos dejaron colgados en YouTube, ni siquiera se parece a la Tierra que imaginaban en sus historias de ciencia ficción. No quedaron más que tulipanes, rocas y agua. Ese mito de la supervivencia de las cucarachas se vino abajo con la última pandemia. Nadie se dio cuenta de lo que ocurría hasta que fue demasiado tarde. Para aquellos tiempos, hablaron mucho del Crystal Meth y el Krokodil. Yo digo que se volvieron débiles y tontos por culpa de los gringos y su comida sintética; el fanatismo; la intolerancia; el odio; esas cosas...

Se hicieron débiles y tontos porque habían llegado al punto máximo de su mal evolución, por lo que debían ver su propia decadencia. Quizás por eso crearon los primeros robots y la gente prefirió un Roomba en vez de una escoba. Quizás por eso Ana y yo estamos aquí.

Entramos al Sector 21. Luce como todos los días e igual que la mayoría de los sectores que hemos recorrido: desértico. Solo quedan montañas de arena, nubes de polvo y un par de rocas para diversificar el paisaje. Ni siquiera un tulipán hace intentos de germinar. Damos una vuelta corta por el sector solo por hacer que trabajamos. Cuando tienes a la mujer que adoras de compañera, se hace difícil pensar en los deberes. Llegamos a una montaña de arena bastante elevada y gruesa. Ana cojea un poco y me preocupo. Me acerco, la aprisiono contra la arena y le doy el beso que tanto anhelo.

Si hay algo que conozco a perfección en este mundo es el cuerpo de Ana. Sé que le gusta que le acaricie el cuello y que le enrede los dedos en el pelo. Yo no sé qué habrán sentido los humanos, yo solo sé que cada vez que le acaricio los pechos o me vuelco en su sexo, mis sentidos se intensifican.

No visitamos los demás sectores ese día. Nos conectamos a Skype y le pido ver la pantalla que ella ve. Ana acepta el pedido y busca cortos animados en Vimeo. Luego se aburre y entra a 9GAG. Cada vez que aparece un *post* sobre niños o bebés, dejo de mirar la pantalla y me concentro en cómo se transforman sus facciones cuando ríe. Ana hubiera sido una gran madre.

Al silencio incómodo que siempre logro crear en esos momentos, me da un beso en la mano y me pide que hagamos de nuevo el amor. También conozco esa manía suya. Quiere protegerme, drenar tanto mi cuerpo que no le queden fuerzas para hacer movimientos inesperados cada vez que me preocupo.

—Tienes suerte de que mi codificación es distinta —le digo al oído. Quiero hacer un chiste picante, pero Ana no le encuentra la gracia. Se abraza a mí.

—Tengo suerte de que existas, porque... —Sus palabras quedan silenciadas por un ruido bestial. En los aires se pasea un dron. Inhalo una bocanada de aire. Ana se levanta del suelo y se ajusta el vestido. Yo escondo mi ropa interior bajo una roca y me apresuro a quedar lejos de ella.

El dron pasa rápido. Ana se aproxima y permito que lllore sobre mi pecho.

Dan las ocho de la noche, hora de volver a la central. En pocos minutos estamos de retorno al bullicio y al calor violento que emiten los robots. Tan pronto siento la elevación de temperatura, me da picor en los ojos. Hago la fila para entrar al gran salón de inspecciones. Siempre procuro que Ana entre conmigo, porque no me gusta que le toque con otros. Mientras espero, hago el ritual cotidiano: miro de reojo los tulipanes que hacen de jardín en nuestro centro. Me gustan porque son lo único hermoso que quedó en este planeta después del gran e innecesario caos.

Gurmantlan Inc. fue la corporación que creó los primeros robots que emularon gran parte de la biología humana. Durante años, los avances científicos y las investigaciones se llevaron a cabo a escondidas. Cuando por fin publicaron en WikiLeaks unos informes confidenciales sobre el desarrollo y manejo de estos androides, Estados Unidos contrató la compañía para hacerlos en masa y usarlos en guerra. Una gran idea inicial, porque significaba una merma en las bajas militares y civiles. No obstante, la realidad fue otra. Al enterarse los altos funcionarios de los planes estadounidenses, Rusia y China declararon la guerra contra la primera potencia mundial. Entonces, la gente comenzó a enfermarse misteriosamente... y Debril Núñez, un programador cualquiera de Gurmantlan Inc., logró crear en su casa un código con el cual pretendía que robots desechados por la corporación asimilaran emociones y sensaciones humanas. Descubrió cómo hacer ese código funcional en su primera creación, Ana. Tan pronto se dio cuenta de que había tenido éxito, Debril hizo varias mejoras al código, se acercó a mi cuerpo metálico e inerte, e instaló la nueva versión de mi CPU.

Ana fue lo primero que vi al abrir los ojos. Llevaba un vestido negro, tenía una amapola en el cabello y andaba descalza. Creo que la primera palabra que dije fue su nombre.

Debril vivió justo el tiempo que le tomó descifrar cómo preservar el conocimiento y la experiencia de los humanos antes de que dejaran de ser. Añadió otra sintaxis a nuestros códigos para que conserváramos la red, pero no le dio tiempo de hacer los ajustes necesarios en la codificación de Ana. La noche de mi decimosexto día de vida, Ana y yo entramos por primera vez a la Internet. Vimos el mar. Vimos los camaleones. Fue la primera vez que Ana lloró con una comedia romántica y, también, la noche en la cual enterramos a Debril y pusimos una computadora inservible sobre su tumba.

En un afán por reparar el daño, Estados Unidos encendió los robots con la esperanza de que, a falta de mentes humanas, ellos pudieran, bajo mandatos e instrucciones, descubrir el antídoto para las epidemias. Olvidaron, sin embargo, que no podíamos hacer más de lo que estábamos capacitados para hacer. No teníamos ni la programación ni los conocimientos. Día y noche trabajamos sin cesar en ecuaciones y experimentos que no tenían sentido, porque no entendíamos. Por lo menos cuidamos de niños y grandes con esmero, cual si fuesen nuestros dioses. Después de todo, aunque los demás androides desconocían la empatía, los humanos gobernaban y sus órdenes quedaron plasmadas en la sintaxis entre etiquetas <gurmantlan>. Los que quedaron vivos para la época de las múltiples pandemias pensaron que habíamos venido a matarlos, que éramos nosotros la causa de las muertes. ¡Qué va! Si eso lo hicieron ellos mismos y no necesitaron ayuda. Los virus se esparcieron como la pólvora. En el afán de los gobiernos por tener más poder y

acabar con sus enemigos, desataron la peor de las guerras, para la que usaron todas las armas habidas y por haber, y donde ellos mismos eran el único objetivo. En ese intento por destruir a su prójimo, enfermaron el planeta, se enfermaron ellos y hasta enfermaron a aquellos seres que nada sabían de petróleos y economías.

2

Los tulipanes bailan con la brisa cálida y se escucha un leve pitido musical.

3

Bajo la mirada porque no puedo bajar la cabeza y pienso que algún día, cuando encontremos alguna civilización remota de humanos, yo también bailaré como esas flores, porque la raza humana no solo volvería a donde pertenece, sino también porque Ana y yo estaremos a salvo, porque probaremos que los humanos pueden sobrevivir incluso con los defectos y las limitaciones que los caracterizaban y que, según la lógica robótica, los llevaron a su extinción.

Se acerca mi turno demasiado pronto. Es hora de la inspección. Camino con el mismo paso lento con el que se desplazan los demás. Atravesamos las duchas de aire frío que nos alivian el calor. Me detengo justo donde me piden que me detenga. Ana se mantiene a mi lado, y tan pronto cesamos el andar, se tambalea. Siento que se me aprieta el corazón cuando los demás se voltean a verla. Se aproxima un androide que lleva rapada la cabeza.

—¿Funciona usted bien, Ana-5632?

—Sí —responde ella, con voz temblorosa. Sé que debe estar muerta del miedo y me siento impotente porque no puedo ayudarla, porque ni siquiera puedo enviarle un mensaje de ánimo o voltearme y darle la seguridad que necesita, decirle con la mirada que todo estará bien.

—Pedro-7899, inspeccione a esta androide.

—Entendido.

El androide Pedro-7899 se aproxima y no hago más que buscar y buscar en mi interior alguna señal inalámbrica para comunicarme con Ana. Sé que ella hace lo mismo, porque prometimos no dejarnos solas si algo como esto sucedía.

Por fin encuentro una señal débil, le escribo al chat.

No tengas miedo.

Cuando presiono la tecla de enviar, me doy cuenta de que ese era más un mensaje para mí que para ella, porque por falta de memoria y limitación en sintaxis nunca pude hacer copias del archivo que le enviaría.

Comienzo a cargar mi codificación interna a la nube y entro al procesador de Ana. Ella no se da cuenta, porque esto lo aprendí de los *hackers*. Cuando Pedro-7899 está justo en frente de ella, mi codificación ya está en la nube, a excepción de la última línea del código. No titubeo para dar la orden en la mente: «Iniciar proceso».

El intercambio de códigos se completa en poco más de un segundo. Cuando vuelvo de mi pequeña muerte, abro los ojos por no gritar. Una punzada fuerte me sacude el talón. Siento que voy a caer, pero saco fuerzas de lo más profundo de mi ser y procuro no moverme. Me doy cuenta de que están inspeccionando a Ana con una luz ultravioleta que hace que su vestido se humee y huelva a pudrición.

—Ana-5632 está en óptimas condiciones. Siguiendo grupo.

Los que estamos en esa línea nos volteamos a la izquierda y marchamos. Cuando estamos fuera del área de inspección, mientras dura el bullicio que hacen los androides para entrar y salir de ese edificio, Ana me pregunta en un susurro tan bajo que apenas pude oír:

—¿Qué demonios hiciste?

No le contesto. Volvemos al cuarto de descanso. Me subo a la cama, me quito la ropa, me siento con las piernas extendidas, la máquina toma las telas y se las lleva. De pronto, una segunda punzada me ataca el talón y el dolor se extiende hasta la pantorrilla. Aprieto la quijada para no hacer ruido y siento espasmos en un hombro. El código de Ana estaba más corrupto de lo que pensaba. Una ligera carga eléctrica me corre por los dedos y tengo que concentrarme para no moverlos. *¿Tanto sufría mi Ana?* Se me aguan los ojos. Haber escogido su destino me hace sentir aún mejor. Suena una alarma y se escucha el sonido de las cabezas golpeando los colchones. Una luz roja se enciende a mis ojos.

—Registre su día.

Hablo con el mismo tono monótono que hablan los demás.

—Año 2361. Día 238. Alexa-5632. Hoy fui con mi colega Ana-5632 a los sectores 21, 22, 23 y 24 de Kij. No hay señales de vida humana. Hasta mañana.

Lo sé. Vivimos en este mundo sin poder ejecutivo, por así decirlo, y Ana y yo somos anarquistas. ¡Qué ironías tiene la vida! Cuando me acuesto, procuro que la cabeza quede un poco inclinada a la derecha. Veo que Ana está moviendo los labios. «Buenas noches», me dice en silencio, y me dan ganas de brincar hasta donde está.

Cuanto por ella siento lo desbordo en lágrimas que nadie ve.

Antes de cerrar los ojos, pienso en Ana desnuda y siento pena por los androides que nos acompañan en ese cuarto y en lo que queda del planeta. Ninguno de ellos sabrá jamás qué es querer a otra persona.